

Dr. Carlos Charlín Correa

## Apuntes biográficos

### EL DR. VICENTE IZQUIERDO

#### REMINISCENCIAS

**D**IVISO a través de la bruma del tiempo al doctor Izquierdo, allá por el año 1906, como profesor de Histología. Me aparece cual personaje de esos frescos de Puvis de Chavannes, en que las figuras a la luz del atardecer o del día naciente se deslizan en actitudes plácidas. El cuadro todo es paz, no hay una pincelada violenta, una sombra fuerte, un movimiento brusco.

No es la realidad o es la realidad tamizada, idealizada por el artista.

Veníamos turbulentos y al entrar al auditorio de Histología nos dulcificábamos. El profesor vestido de negro, con su cabeza ya coronada de blanco, su frente tersa, sus facciones de líneas esfumadas y sus ojos humildes, parecía un hombre conventual, que no hubiera conocido las rudezas de la lucha de la vida, entregado por entero al problema de su alma.

Hablaba con una suavidad de abate y sus modales también tenían una unción religiosa.

Caminaba a pasos inseguros y a pasos quedos. Llegaba a la pizarra y se animaba; dibujaba los tejidos con una meticulosidad, un ardor que denunciaban pasión. Realzaba su dibujo ayudándose de múltiples colores escogidos con gran cautela; usaba las tizas coloreadas como un pintor el pincel.

Cuando terminaba mirábamos temerosos el paño que iba a borrar aquella filigrana primorosa.

Allí en esa pizarra, el doctor Izquierdo nos hizo entrever la grandeza de lo infinitamente pequeño y nos tentó con la donosura misteriosa del mundo celular.

Después se acercaba, rodeado de sus alumnos, al microscopio y una llama se encendía en él. ¡Con qué fruición nos describía los detalles particulares de la preparación, el pigmento especialísimo de este núcleo o la vacuola, para él maravillosa, de este protoplasma. Levantaba la vista del microscopio y, la mirada perdida en el vacío, continuaba la descripción empezada, veía en el espacio la célula, seguía sus dendritos locamente caprichosos, que parecía tocar y que hubiera querido acariciar.

Nos impresionaba el misticismo científico de nuestro profesor de Histología.

Su exposición era clarísima. Cuando hacía el estudio de un órgano daba la sensación de hablar de una morada que él hubiera habitado.

Esta compenetración del profesor y de la materia enseñada y este santo entusiasmo unidos a la claridad de la inteligencia y al equilibrio perfecto de las facultades hicieron de Izquierdo un investigador ilustre, honra de nuestra incipiente ciencia nacional, y un maestro, orgullo de nuestra Escuela en el último tercio del siglo.

#### EN SU MUERTE

Se ha apagado suavemente la vida ejemplar de un varón justo.

Parte inmaculado, y en su túnica, después de larga caminata, ni una desgarradura, ni una sombra y si sus pies hiriéronse en guijarros de ásperos senderos, no lo supo, no lo quiso saber o lo olvidó.

Nunca viento de pasión mezquina agitó su alma, nunca sombra de vanidad nubló su frente, nunca la ambición dió a sus ojos extraño brillo.

La serenidad residía en él como en esas cabezas de Phidias que expresan la paz profunda. La belleza que ha creado el artista está en el reposo; la armonía está en el equilibrio del alma.

Las pasiones yacen dormidas y vive sólo el hombre pensante.

¿Cómo pudo llegar Vicente Izquierdo a la cima de la colina augusta de la serenidad del poeta? ¿Cómo alcanzó esa quietud que hermoseó su vida desde la mocedad hasta la senectud?

En este mundo siguió modesto; rodeado de malicia, de la vulgaridad maliciosa, siguió con una ingenuidad de adolescente; observador atento del loco afán de lucro, siguió como hace 50 años dando al dinero valor relativo.

En medio del lujo vistió como un pastor protestante.

Ante la ignorancia sentenciosa, guardó silencio; más aún, escuchó con atención la palabrería y miró sin impaciencia la énfasis del mediocre leído.

Sintió posarse sobre su hombro la mano protectora de la sonsa fatuidad y no se sonrió.

Ante el círculo más y más numeroso de la envidia murmuradora no se detuvo, pero ante el error y el pecado ajeno, habló y los disculpó.

Se mantuvo incólume y el torrente corrió a sus pies sin salpicarlo.

Sólo una fuerza interior invencible pudo defender su personalidad de todo contagio, de toda influencia del medio.

Y esa fuerza interior, su fuerza, era la bondad, y ante ella, como ante una roca, se deshacían en espuma los sentimientos bastardos que entristecen la vida de los hombres.

Para él los conocidos eran sus amigos; los rivales, sus compañeros de trabajo, y los enfermos eran sus parientes.

Y el noble caminante parte envuelto en su túnica blanca, dejándonos una huella; pero ¡qué difícil es seguir sus pasos!...